

ORÍGENES DEL MUSEO NACIONAL DE LAS CULTURAS

DOCTOR EUSEBIO DÁVALOS HURTADO

5 de diciembre de 1965

El 5 de diciembre de 1865, el edificio que durante el virreinato fue Casa de Moneda se destinó para alojar al Museo Nacional. Las colecciones que lo formaban habían sufrido mil vicisitudes y su antiguo depósito —la Pontificia Universidad— había recibido exacerbadas críticas no sólo por lo inadecuado de su presentación sino por el abandono en que se encontraban. El hermoso palacio de las calles de la Moneda se remozó y fue convertido en el centro de exposición e investigación de nuestros orígenes. En él se daba a conocer a México en sus diversos aspectos, mostrando lo mismo la historia natural con ejemplares de su fauna, que las piezas arqueológicas y el folclore, los trajes y objetos del periodo virreinal o los retratos de los próceres de nuestras gestas de Independencia. Pronto se tomó en la sede

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

que dio cabida a quienes se interesaban por hurgar en las fuentes de nuestro pasado y los gabinetes de investigación del museo se animaron con el interés que en su labor de búsqueda ponían historiadores tales como Orozco y Berra, José Fernando Ramírez, Alfredo Chavero, Genaro García, Francisco Del Paso y Troncoso, Jesús Galindo y Villa, y otros más.

Tras las primeras penurias de toda obra que se inicia, el museo comenzó a intensificar sus actividades y ya en 1880 contaba con nueve salas de exhibición y se presentaban otras. En 1887 se emprendía la primera expedición científica y las colecciones se habían incrementado hasta contar 90 mil piezas de historia natural.

Acontecimientos trascendentes como la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, la primera reunión en el continente del Congreso Internacional de Americanistas, teniendo como sede el museo, y otros de los mismos alcances culturales, fueron estímulo amplio para el proceso de las investigaciones y el consiguiente mejoramiento material.

La actuación de don Justo Sierra al frente de la Secretaría de Instrucción Pública, tan relevante en los diversos aspectos de la cultura, marcó una honda huella en el progreso del museo, estimulando ya no sólo la investigación, sino la enseñanza de disciplinas tales como la antropología, la etnología, la arqueología, la historia y el idioma náhuatl. Pensionó, para ello, a un grupo de estudiantes que se obligaba a presentar anualmente trabajos escritos de las materias cursadas. Creó un departamento de publicaciones, intensificando las que ya tenía el museo; se adquirieron varias colecciones privadas, tanto de arqueología como de cuadros y objetos históricos; se enriqueció la biblioteca y, en fin, se despertó entre el público un gran interés por los diferentes aspectos de la historia de nuestro país.

Tal desarrollo provocó una plétora en el local, haciéndolo insuficiente para alojar las colecciones, los gabinetes de los investigadores, los salones de clases, la imprenta, la biblioteca y demás dependencias indispensables para la buena marcha de la institución. En 1910 hubo que trasladar todo el Departamento de Historia Natural a otro edificio y se aprovechó para ello el que hasta el año pasado ocupó en las calles del Chopo, convertido en museo de la especialidad. A su vez, y ya sin esas colecciones, el de la calle de la Moneda recibió el nombre de Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Pero no sólo ese retoño habría de producir el primitivo y fecundo Museo Nacional. Otros muchos, en las diversas entidades federativas han iniciado sus labores con colecciones salidas de sus espléndidos repositorios.

En 1940, el entonces Presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, entregó al pueblo de México la que había sido hasta entonces residencia de sus gobernantes, el Castillo de Chapultepec,

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

destinándolo a Museo Nacional de Historia y a él fueron trasladadas todas las colecciones correspondientes al periodo comprendido entre la llegada de los españoles y la época de la Revolución.

Para el viejo museo surgió otra etapa, ahora con el nombre de Museo Nacional de Antropología, consagrado a la exhibición y custodia de las reliquias de nuestro pasado prehispánico. Mientras tanto, en el Instituto Politécnico Nacional se había iniciado en 1938 el germen de lo que más tarde habría de ser la Escuela Nacional de Antropología e Historia, para agrupar en su seno todas las actividades relacionadas con las disciplinas antropológicas en su acepción más alta. El museo, a su vez, pudo consagrarse a la renovación de sus exposiciones y si antes había disfrutado de los trabajos de artistas destacados como José María Velasco, Félix Parra, Francisco Goitia o José Clemente Orozco, en su nueva época vería surgir otro tipo de artistas que también harían que México se diera a conocer por el refinamiento de su arte de exhibición museográfica. En el Número 3, correspondiente al año de 1955, del Boletín del Museo de la Universidad de Filadelfia, Froelich Rainay, su director, dice textualmente lo siguiente: “El Museo Nacional de Antropología de la ciudad de México fue uno de los primeros museos americanos que introdujo técnicas modernas de exhibición ahora ampliamente usadas dondequiera por los museos”, y más adelante menciona que “probablemente uno de los primeros sitios de América en usar colores vivos en sus exhibiciones fue el Museo Nacional de México y supongo que Miguel Covarrubias tuvo mucho que ver en ello”. Efectivamente, Covarrubias formó el equipo de museógrafos que tan brillante papel han desempeñado en la presentación de nuestros museos. Él, con su temperamento y grandes dotes artísticas, con el amplio conocimiento de los museos del mundo y su gran cariño por nuestras culturas, revolucionó la museografía utilizando técnicas nunca antes usadas. El Museo de Antropología seguía atrayendo visitantes no sólo nacionales, sino que todos los más destacados gobernantes huéspedes de nuestro gobierno que llegaban a la ciudad sentían la necesidad de conocer el rico patrimonio que atesoraba el palacio de las calles de Moneda.

El prestigio alcanzado, los deseos de dar más esplendor a las obras orgullo de México, fueron alicientes para que el entonces presidente, licenciado Adolfo López Mateos, ordenara la construcción de un nuevo edificio donde exponer en forma sobresaliente la riqueza cultural de nuestro pasado aborigen.

El 27 del mes de junio de 1964, a los acordes de “Las golondrinas”, salió del sitio que desde 1885 ocupaba nuestra pieza arqueológica más importante, la Piedra del Sol, para ir a lucir su grandeza en la nueva Sala Mexica del Museo de Antropología que se construía en Chapultepec. Con ella fueron trasladados los miles de objetos que integraba la exhibición y los que almacenados en las bodegas tendrían ahora un espacio más amplio para mostrarse al público y ser estudiados. El nuevo Museo Nacional de Antropología fue acogido no sólo por el pueblo de México, sino por los expertos de todo el mundo con superlativos inauditos. La arqueología mexicana se ha vuelto tema de comentarios

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

favorables de los críticos del arte universal y nuestros conciudadanos han sentido el orgullo de saber que las raíces indígenas que nos sustentan han sido al fin justamente ponderadas. Las acertadas disposiciones gubernamentales tendientes a dar a conocer en forma amplia y por los medios más efectivos nuestro pasado, se han logrado. Este anhelo de conocimiento de nuestros orígenes, cada vez más profundo, servirá de indiscutible fuerza de superación, más aún si sabemos aprovechar la experiencia que tan dolorosamente pagaron nuestros ancestros. Pero si queremos tener una cabal idea de lo que somos, necesitamos establecer un parangón entre nuestra cultura y la de los otros pueblos. Eso permitirá que juzguemos objetivamente nuestras cualidades y defectos en comparación con los de ellos.

Para sistematizar dicho estudio comparativo, se ha propuesto establecer en la magnífica casona colonial, vacía después de cien años de ser el corazón de quienes más fervorosamente habían dedicado su vida a la investigación, custodia y divulgación de nuestra historia, un museo que muestre las culturas de los pueblos del mundo. Así, quien recorra sus salas podrá estar en condiciones de situar la nuestra.

México cuenta con más de 80 museos repartidos en su territorio, pero ninguno de ellos posee colecciones que nos muestren cómo viven y qué ha sido de los demás pueblos de la Tierra. Ese desconocimiento nos aísla del resto de la humanidad. Nuestros jóvenes han aprendido la historia solamente por lecturas, pero nunca han tenido la oportunidad de conocer los objetos creados por el hombre en otras latitudes. Solamente pueden apreciarse en toda su magnitud las posibilidades creativas de un pueblo y hasta ahora no habíamos mostrado las obras de los distintos países sino en pequeñas exposiciones temporales intrascendentes.

La tarea se ha iniciado e investigadores, museógrafos, dibujantes y demás trabajadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia han tomado su labor con el mismo decidido empeño que los ha caracterizado en todas las obras que emprenden. Los arqueólogos Julio César Olivé y Beatriz Barba de Piña Chan han tenido la dirección de la obra, y su entusiasmo y tesonero esfuerzo han logrado que cristalice una idea que parecía utópica, puesto que no se contaba para realizarla sino con la buena voluntad de quienes la habíamos lanzado. A ellos y a los antropólogos Barbro Dahlgren, Yólotl de Lesur, Eduardo Pareyón, Angelina Macías, Francisco González Rul, Hugo Burgos, Margarita Nolasco, Virve Piho y Johanna Faulhaber, se debe la asesoría técnica. La instalación museográfica, al museógrafo Mario Vázquez y a sus ayudantes, entre quienes destaca la señorita Yohiko Shirata. El arquitecto González del Sordo con su equipo de la Dirección General de Edificios de la Secretaría de Educación tuvo a su cargo la restauración del inmueble. El Instituto Indigenista Interamericano, por acuerdo de su director, el doctor Miguel León Portilla, se ha unido a nuestra institución presentando una exhibición de las labores realizadas por los pueblos que son sujetos de su dedicación.



El Museo de las Culturas inicia hoy sus labores con 12 salas que son únicamente una ínfima muestra de lo que puede llegar a ser un museo de la magnitud que se desee, pero tenemos la seguridad de que el esfuerzo que hoy se hace será secundado por todos aquellos amigos de la cultura, que se unan a nuestros propósitos y enriquezcan ésta que será la casa que sirva no sólo para dar a conocer los valores del espíritu sino para despertar la solidaridad y la confraternidad humanas.

ENCUENTRO Y DIÁLOGO DE MUSEÓGRAFOS MEXICANOS

DOCTORA BEATRIZ BARBA AHUATZIN

*Ponencia leída el 29 de agosto de 2005
en el Museo Nacional de las Culturas*

Agradezco al compañero antropólogo Leonel Durán, director del Museo de las Culturas, su invitación a estar en esta mesa y su insistencia en que aceptara, porque nunca he pensado que soy museóloga, y los problemas de ese tema se van a tratar ahora. Por su empeño me encuentro aquí, en medio de una pléyade de grandes museólogos que han recorrido el mundo planificando instituciones museísticas y que nos han legado una enorme experiencia y hecho partícipes de su entusiasmo por definir la museología mexicana.

Leonel me pidió que hablara de la museología primigenia del Museo de las Culturas, pero debo confesar que no tuvo ninguna característica especial, y para aclarar esto voy a relatarles cómo sucedieron los hechos hace nada menos que 41 años.

La Secretaría de Educación Pública convino con la Secretaría de Hacienda cederle el local de Moneda No. 13 a cambio del dinero suficiente para construir un nuevo Museo de Antropología en el Bosque de Chapultepec, promesa muy cumplida por parte de Hacienda, como todos sabemos.

Antes de la inauguración, en 1964, el doctor Eusebio Dávalos, entonces director del INAH, platicó con Julio César Olivé, excelentísimo abogado, para ver si se podía hacer alguna pequeña trampa y no entregar lo comprometido; le dijo que sería una lástima que este tan bello, tan lleno de historia y de suculentos detalles arquitectónicos se viera colmado de máquinas de escribir, ventanillas improvisadas,

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

oficinas separadas con materiales poco pertinentes, restos de papelería y todas las cosas que caracterizan a las oficinas públicas, lo que le haría perder su señorío y su paz interior, además de que ya había adquirido vocación de museo, pues la gente seguía llegando a ver el Calendario Azteca y las maravillas que se contemplaban desde la entrada y que ya no estaban ahí.

Fueron buenos tiempos los de López Mateos. Había tranquilidad económica y los mexicanos empezaron a viajar después de décadas prohibitivas de bajísimos salarios y privaciones posrevolucionarias incontables. México empezó a ser mencionado en el exterior con respeto, se le tenía confianza en Europa, era el hermano mayor de Latinoamérica y un ejemplo para los asiáticos. Los mexicanos no conocíamos al mundo y el INAH sintió la necesidad de mostrarle, en forma sistemática y científica, otros pueblos, otras costumbres y otras razas; en fin, las diferentes maneras de ser hombre.

El doctor Dávalos creía que se podía emplear la gran casona de Moneda 13 para un Museo del Hombre al estilo del Trocadero de París.

Antes que con Olivé, había hablado con el maestro Wigberto Jiménez Moreno, y éste se entusiasmó con la idea de hacer un museo del mundo latino: Roma, su expansión; España, toda su historia, y la de América Latina. Eso no le gustó al doctor Dávalos y por ello llamó a Olivé para insistir en la presentación de todas las culturas del hombre: la evolución, grupos cazadores y recolectores, las primeras altas culturas, los pueblos del mundo y nuestros primitivos contemporáneos. Parecía puramente un sueño, porque no había objetos ni dinero; la Secretaría de Educación Pública ya no daría más, después del gasto infinito que había hecho en Chapultepec, en Tepotzotlán, en el Museo de Arte Moderno y en fastuosas instituciones culturales de esa época.

Para la sala de Introducción a la Antropología del nuevo museo consiguieron materiales internacionales y después del montaje sobraron muchas piezas, pero no eran suficientes. Olivé le aclaró al doctor Dávalos que yo controlaba los compromisos de préstamos y compras de esas adquisiciones y por ello nos nombró a los dos responsables de preparar un proyecto, poniendo los pies sobre la tierra, pensando rigor, poniendo en la balanza lo posible y lo imposible.

El 17 de septiembre de 1964 se inauguró con toda la solemnidad requerida, el maravilloso Museo Nacional de Antropología, y el muy estimado compañero Mario Vázquez nos entregó los materiales internacionales sobrantes, los que juntamos con otros que ya había, y empezamos nuestra labor, mucho más angustiosa que romántica.

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

La maestra Amalia Cardós, jefa de la bodega del viejo museo, nos entregó solemnemente objetos japoneses, algunas piezas peruanas y las dos grandes y maravillosas salas de Indios de Norteamérica y Oceanía, que se tenían gracias a la labor del doctor Daniel F. Rubín de la Borbolla y del maestro Miguel Covarrubias. Muchas otras menudencias también vinieron a formar parte inicial de los proyectos en turno. Hernán Navarrete, un veracruzano amante de las artes populares extranjeras, nos donó una fantástica colección de arte africano donde predominaban máscaras. Piezas de porcelana china de dinastías tardías, y acuarelas dañadas, nos entregó el Castillo de Chapultepec como un gesto de colaboración. Poquito de aquí y de allá, obsequios, préstamos, y así se fue juntando un acervo más o menos interesante para montar unas cuatro o cinco salas. Hacer de todo ello un Museo del Hombre de París, era pedir que un pajar se convirtiera en la tesorería de un reino. Sin embargo, esa metáfora acabó siendo posible gracias a una gran cantidad de personas e instituciones que apoyaron con trabajo, objetos, estímulo y recomendaciones.

Museológicamente contamos en un principio con la ayuda de Lameiras y su hermano Constantino, quien fue ayudante de museografía en Chapultepec, y se aprestó a poner su buen gusto e interés en cuanto lo pedimos. Jorge Angulo trabajó con Yoshiko Shirata en la Sala de Japón. La señora Susana Pérez se mantuvo con nosotros por un tiempo haciendo gala de conservadora y consejera. Todos los antiguos trabajadores de ese edificio, que se habían quedado porque fueron relevados por seguridad privada, cambiaron sus ropas de custodios por batas y se sintieron felices de continuar en su puesto; recuerdo sobre todo a José Isabel Alpízar, a Alejandro Jaimes, y a varios ancianos, entre ellos a Marcos Nogueira, que ayudaban en lo que podían.

Esas fueron las primeras semanas de trabajo del Museo de Culturas; sus primeras intenciones; los meses de octubre y noviembre. No teníamos nada, el edificio era de Hacienda, el personal estaba esperando reacomodo y no había ni un centavo. Si había que soñar en otro museo, habría que empezar por tener por lo menos la casona, y reunimos para definir la estrategia.

Julio César Olivé, Barbro Dahlgren, Jorge Canseco, Francisco González Rul, Yólotl González y yo, como responsables de los guiones científicos; los hermanos José y Constantino Lameiras, Jorge Angulo y de vez en cuando Eduardo Pareyón, como encargados de la museografía; todos los trabajadores manuales que no se fueron a Chapultepec, se convirtieron en pintores, dibujantes y carpinteros. Esa fue la figura primigenia del Museo de las Culturas; ese fue el perfil de los primeros días.

A las dos o tres semanas de llenarnos de ilusiones, nos llegó un memorándum de la Secretaría de Hacienda advirtiéndonos que el Oficial Mayor, el licenciado Justo Sierra III, nos visitaría para que le enseñáramos los locales que habríamos de entregar. Hubo una junta general y decidimos dar un golpe

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

maestro: ocupar todas las vitrinas y dar la impresión de que el museo ya estaba montado. Pensábamos que la euforia popular pro museos de esos momentos, sería muy comprometido para Hacienda dismantelar una institución que aumentaba el acervo cultural al servicio del pueblo.

No había mandones ni mandados, todos nos pusimos bata de trabajo y durante tres o cuatro días, con sus noches, barrimos, enceramos pisos, retocamos las vitrinas abandonadas y las llenamos con los materiales que fueran, con los que se vieran bien, con los que dieran la impresión de tener sentido: un penacho masai de león junto a un escudo japonés de samurai, porque los dos eran emblemas de guerra. Un kimono junto a tres vasijas nazcas porque hablaban de actividades femeninas. Un plato y un florero Ching junto a un penacho de guacamaya brasileño porque nos permitía hablar de colorido cultural. Tres máscaras africanas junto a la bruja de Bali para evocar el temor a los espíritus de la selva. Era un hermoso museo de nada. Cuando lo vimos casi deseábamos que así se quedara.

El licenciado Justo Sierra, justísimo, llegó a las 10 de la mañana y pidió que le enseñáramos los espacios, pero al ir abriendo las puertas se encontraba con salas montadas, limpias, muy aceptables, a las cuales sólo les faltaban cédulas. Pensábamos que sonreiría, que haría bromas y que nos pondría una fecha de entrega, pero por el contrario, se enojó mucho y nos dijo con voz indignada que éramos “culturalmente alevosos porque no podía desmontar un museo, no lo haría nunca por la tradición de su familia”. Nos recordó que su abuelo, en la época porfiriana, había procurado el desarrollo de los museos en toda la República y él no haría lo contrario.

Era un hombre alto, de pelo blanquísimo, de aire digno y modales finos, robusto y sanguíneo. Todo él se dio media vuelta y salió dando grandes zancadas mostrando su profundo enojo. En el portón se encontró con el doctor Dávalos y también con voz fuerte le dijo: “Ya vi que no me van a entregar lo prometido, puso usted a dos fanáticos intransigentes al frente de todo esto y no lo puedo deshacer, pero por lo menos me dará usted la parte que ocupaba la Sala Maya y que no han tenido tiempo de arreglar”, y se hundió en Palacio por la puerta más cercana, haciendo manifiesto su enojo a cada paso.

El doctor Dávalos se volvió a nosotros y nos preguntó qué había pasado y contestamos: “Solamente le enseñamos el nuevo Museo del Hombre”.

Todo el tiempo que les he quitado tiene como objeto aclarar que el Museo de las Culturas no tuvo una museografía proyectada inicialmente, sólo pudimos utilizar las vitrinas que había dejado el Museo Nacional de Antropología al cambiarse a Chapultepec.

Del Museo Nacional al Museo Nacional de las Culturas

Autores: Eusebio Dávalos Hurtado y Beatriz Barba Ahuatzin



**Museo
Nacional
de las Culturas**

Cuando entregaron el poder esas autoridades, tomó posesión el licenciado Gustavo Díaz Ordaz como presidente y nombró al licenciado Agustín Yáñez y al escritor Mauricio Magdaleno como secretario y subsecretario de Educación Pública, los que vieron con muy buenos ojos la idea del doctor Dávalos y nos apoyaron, con las limitaciones de todos los principios sexenales.

Los museógrafos héroes de la jornada de la salvación del edificio, casi en su totalidad se fueron. Quedamos los antropólogos y se aumentó el equipo considerablemente en calidad y cantidad. Quedaron los trabajadores manuales y llegó personal secretarial y técnico. A partir de enero de 1965 se empezaron propiamente los proyectos de salas y actividades con los que se inauguró el Museo de las Culturas el 5 de diciembre. Aprovecho la oportunidad para agradecer a toda esa enorme pléyade de gente maravillosa que nos acompañó mañana, tarde y noche hasta sacar adelante una institución que sólo contaba inicialmente con los sueños de un director del Instituto Nacional de Antropología e Historia y un grupo de ilusos.

Ambientaciones correctas, vitrinas especiales, actividades pedagógicas, talleres y publicaciones, fueron dándose lentamente, ya con la situación material y profesional asegurada, y de eso les hablará el Arq. Jorge Agostoni, quien dirigió la museografía por varios años, de una manera excepcional.

Vuelvo a dar las gracias a Leonel Durán, y a todos ustedes por su paciencia.

▲ CONACULTA • INAH ●

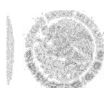


Museo Nacional de las Culturas

40 ANIVERSARIO
Diciembre de 2005

Director
Antropólogo Leonel Durán Solís

Subdirector Técnico
Mariano Flores Castro



▲ CONACULTA



MUSEO NACIONAL DE LAS CULTURAS

MONEDA 13, CENTRO HISTÓRICO,
C.P. 06060, MÉXICO, D.F.

(+52 55) 5542 0422 • 5542 0165 • 5542 0187

tecnica.mnc@inah.gob.mx